

## TU CRUZ DE FLORES

Alejandro se irguió en su cama y secó una lágrima que aún se deslizaba por su mejilla. Luego se acercó a la ventana de su habitación, y contempló aquel paisaje que le era tan familiar. Poco a poco su visión se fue aclarando, y comenzaron a aparecer los árboles que rodeaban el cementerio con su apacible presencia; luego surgieron las flores y, finalmente, las cruces, mudos vestigios de vida que se quedaban sobre la superficie cuando un difunto descendía hasta su lecho subterráneo.

Le pareció que miraba un espejo, en el cual se reflejaba la tristeza de su alma. En esos instantes su propia existencia pesaba como una dura cruz sobre sus hombros, de tal modo que deseó descargarla entre las demás, allá lejos; para aliviar su dolor de una vez por todas.

...

Qué diferentes pudieron resultar los hechos, si Paulina no hubiese recorrido nunca el sendero que pasaba frente a la casa de Alejandro, encabezando el cortejo que acompañaba a su madre muerta. Todos compadecieron a la pequeña sorda de nueve años, que se había quedado huérfana de pronto, en medio del pueblo al cual había llegado sólo unos meses antes. Se acercaban a ella conmovidos, para entregarle una caricia o algún obsequio que le permitiera distraerse de su trágica realidad. Pero ella lloraba, sin escuchar sus propios gemidos.

En vano trataron de ubicar a algún pariente que se hiciera cargo de ella, ya que la situación familiar de Paulina era algo que su madre había mantenido en reserva. Al comienzo fueron varias las personas que quisieron acogerla en su casa, para librarla de llegar a un hogar de menores, pero ella no parecía adaptarse con nadie. Comía sin ánimo, se fugaba de todo lugar que tuviera muros, y jamás dejaba que alguien tomara su mano.

Quienes la conocieron de cerca, antes del suceso que la condenara en esa forma, aseguraban que tenía un carácter alegre, y que la habían escuchado emitir más de algún sonido, ya que su madre se había esmerado para que pudiese hablar bien algún día, y aprendiera a leer los labios de los demás; con el sueño de que llegase a valerse por sí misma, a pesar de su limitación auditiva. Precisamente ambas se dirigían a la ciudad, para visitar al especialista en el tema, cuando ocurrió el accidente. Al bordear la carretera, Paulina se expuso demasiado; sin escuchar el sonido de advertencia. Viendo a su hija en peligro, la angustiada mujer quiso acudir en su auxilio; pero tropezó y cayó, siendo atropellada por un camión, que no alcanzó a frenar ante el imprevisto.

...

Sin resignarse a perder totalmente su tesoro más preciado, la niña adoptó la rutina diaria de recorrer varias veces el camino que mediaba entre sus dos lugares preferidos: la iglesia, que su madre se afanaba en adornar con flores coloridas y fragantes; y el cementerio, en el cual una tumba se destacaba sobre las demás por cubrirse de flores cada semana, depositadas allí por los habitantes del pueblo. Paulina entonces tomaba algunas, y las cargaba hasta el altar, frente al cual se arrodillaba, para esbozar alguna oración ante Aquel único ser que ahora podía comprenderla. Al verla insistir en esta conducta, incluso en los más crudos días de invierno, muchos pensaron que jamás lograría recuperarse.

— ¡Pobre niña! — exclamaba Raquel, la madre de Alejandro, cuando la veía pasar frente a su puerta, entre sollozos de piedad.

Poco a poco se fue acercando a ella, a través de los días, las semanas y los meses. Al principio sólo la miraba al pasar, con la sonrisa más afectuosa que lograba, tratando de encontrar la ruta perdida hacia aquel corazón atribulado. Luego le ofreció alguna fruta, que la niña tomó al principio como un obsequio para su madre, y la dejó junto a su sepulcro. Al darse cuenta de esto, Raquel decidió regalarle dos frutas iguales; esta vez creyó ver en el rostro de Paulina algo parecido a una sonrisa de simpatía. Mayor fue su alegría, al comprobar más tarde, con gran sigilo, que la niña había comido al fin de su manzana.

Días después Paulina se detuvo, para dejar una flor sobre el alféizar de la ventana de Raquel; luego prosiguió su camino hacia el templo, sin que nadie la descubriera. Al encontrar el hermoso presente, Raquel lloró de alegría, y corrió a contárselo a Alejandro. Éste, que hacía piruetas con sus doce años de hijo regalón y solitario, se asustó al principio y se alegró también más tarde, al ver que su padre compartía la emoción de su mamá; aunque no comprendía bien la profundidad de aquellas señales.

Paulina siguió regalando flores a Raquel; pero no se las entregaba personalmente, sino que esperaba que ella no estuviera presente, para dejarlas en su ventana; en caso contrario, pasaba de largo dando miradas de reojo. Por su parte, Raquel seguía alimentándola al pasar; mientras progresaba en su interior el deseo de acogerla en su hogar. Había hablado acerca de ello con su esposo, obteniendo una respuesta más que favorable. Entonces se dispuso a poner en práctica un plan de conquista.

Una mañana se dirigió muy temprano hasta el cementerio, con un hermoso ramo de flores blancas en sus brazos. Al llegar junto a la tumba de la madre de Paulina, con gran delicadeza y ansiedad fue colocando las flores en el suelo, una por una, formando un camino desde el sepulcro hasta el lugar que ella escogió para

sentarse. Sabía que la niña aparecería tarde o temprano, pero tenía gran temor de incomodarla y romper la magia que habían logrado crear ambas hasta ese momento.

Al llegar, por fin, Paulina se detuvo cuando aún faltaban tres o cuatro cruces para enfrentar la que buscaba, y contempló con sus ojos muy abiertos a Raquel; permaneciendo quieta durante un tiempo interminable. Luego avanzó con timidez, y Raquel suspiró, conteniendo apenas sus deseos de llorar. Paulina tomó entonces la flor más cercana que tenía, del camino que, entre ambas, había florecido; luego cogió otra y otra más, acercándose a la mujer que tan bien la había tratado. Cuando sólo quedaban tres flores en el suelo se detuvo, dio media vuelta y retrocedió hasta la tumba de su madre, sobre la cual depositó las flores recogidas.

Después volvió al sendero interrumpido, y tomó las flores que restaban; tornó su vista una vez más hacia el sepulcro que yacía tras de ella, pensativa; y finalmente se acercó a Raquel y le ofreció el ramo con sus brazos extendidos. En su carita seria y temerosa, sus ojos sonrieron, sus labios modularon el silencio, sus mejillas expresaron los colores del afecto. Raquel abrió sus manos lentamente; palpó los pétalos de amor y deslizó sus yemas por los tallos de esperanza, hasta las raíces de la fe. Allí encontró las manos que buscaba, frágiles y puras; que se alzaban de la muerte hacia la vida, como una ofrenda fiel que a pálpitos brotaba, desde un corazón hambriento de ternura. Permanecieron unidas largo rato, mientras las palabras que sobraban iban a cubrir los epitafios.

Luego Paulina quiso realizar su caminata acostumbrada hasta la iglesia, sin soltar la mano recibida. Sus pasos se lucían con gran ceremonia, en un alarde súbito de orgullo. Dios le había entregado un gran tesoro, que permaneció hasta ese día guardado en aquel cofre bajo tierra. Ella había conservado sólo unas monedas, que ocultó en secretos sentimientos. Hoy las compartía con alguien que la amaba, y podía contemplar el gran milagro que las multiplicaba por millones.

Al mirar al horizonte, Raquel pudo observar como allá al final, sobre una loma hacia la cual la ruta se empinaba, una pequeña cruz aparecía. A cada nuevo paso que ellas daban, la cruz se alzaba un poco hacia lo alto. Cien metros más allá, ya no emergió de piedras ni del polvo, sino del templo gris que coronaba, como un conducto de almas hacia el cielo. Abajo, el concierto de las voces suplicantes, como el canto de una enamorada, recorría los rincones del silencio en búsqueda de Aquel que alguna vez se halló crucificado, y que hoy desde lo alto la escuchaba.

Al trasponer las puertas, el corazón de ambas se detuvo junto a un cuadro que mostraba a muchos que ascendían a encontrarse con su amado, que bajaba en una nube. Entonces comprendió Raquel, al fin, por qué Paulina trazaba cada día su camino desde allí hasta el cementerio. Bajo las figuras un texto sentenciaba: *¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?* Entonces, de rodillas, agradeció mil veces por la vida, y acarició el cabello de la niña, que envolvió su cuello con los brazos.

...

Alejandro las había divisado, cuando pasaron ambas por el frente de su casa. No quiso, sin embargo, romper esa armonía, pensando en que su madre volvería dispuesta a concederle su otra mano.

A partir de entonces debió aprender a compartir las cosas que hasta ahora le eran más queridas: sus padres y su hogar, su espacio entre las flores del jardín. Fue dulce para él, por una parte, la sensación de esta nueva compañía. Sin embargo, en ciertas ocasiones, al notar la preferencia de su madre por Paulina, su alma en un principio se dolía, pero luego pensaba que era natural, y entonces murmuraba:

— Hay que dejarlas solas, son cosas de mujeres. Papá sí que prefiere estar conmigo.

Jugaban y reñían, y juntos caminaban entre cruces silenciosas. Pero rumbo a la iglesia, él regresaba a casa pues un temor oculto le oprimía. Era ese el lugar en que Paulina y Raquel parecían más unidas, y aunque Alejandro no se atrevía a reclamar, él deseaba evitar esa ocasión.

Raquel se esforzó al máximo para lograr que su esposo y su hijo aceptaran a Paulina como un miembro real de la familia, prodigándose en caricias para todos; pero no podía negar que había encontrado en la niña un manantial de sutilezas femeninas, que le hacían recordar su propia infancia. Le compró el mejor vestuario que encontró a su alcance, y colgó en su fino cuello una inscripción de plata que decía: *Soy Paulina. No puedo oír las voces de los hombres, pero escucho las palabras de las flores.*

Se sentía responsable de continuar con la función de aquella abnegada mujer que ahora ya no estaba con su hija, para lograr que la pequeña se comunicara bien con ellos. Al cabo de unos meses, pudo lograr que la llamara *Drrec*, y soñaba con el día en que pudiese decirle *mamá*, o de una forma parecida.

— Rrmem — le decía Paulina a Alejandro, con su carita coqueta y sonriente. Al principio, él se burlaba cuando ella no lo veía; hasta que poco a poco fue acostumbrándose a ese nombre, que parecía apropiado para una relación que tardaría en madurar. Ella le daba empujones cariñosos, que él respondía tratando de no dañarla. En esa retención casi inconsciente, había un temor exagerado a romper lo que no era propio, y recibir un castigo desconocido y doloroso. Por eso es que el muchacho en ciertas ocasiones se veía muy alegre y en otras melancólico y pensativo.

Raquel creía que con el tiempo Alejandro asumiría las cosas de mejor manera; pero en medio de su regocijo jamás imaginó que, después de pasar tantas veces por delante de su casa, la muerte desviaría su camino, en una tarde de otoño, para llevarse a uno de los suyos.

...

Esta vez era Alejandro uno de los que presidían el desfile hacia un sepulcro abierto, aunque de mala gana caminaba retrasado tras su madre y Paulina, que avanzaban tomadas de la mano. Raquel apenas contenía el nuevo llanto que le apretaba la garganta, consciente de que ahora quedaba sola para luchar por el futuro de sus hijos, e infundirles valor en los momentos tristes. La niña miraba hacia atrás, de vez en cuando, preocupada por aquel que hoy era bautizado con el óleo de la partida sin regreso; más hermanos serían de ahora en adelante. Ella que tanto sabía de eso, ella que tanto conocía ese camino, parecía sufrir más por la vida del muchacho que por la muerte del que iba hacia su entierro.

Alejandro, adolescente, no lloraba; sólo quería escapar a alguna parte. Cada persona que trataba de animarle le parecía hipócrita o al menos indolente; y entre todas la más reprobable era esa niña, que había llegado a su casa un año antes, trayendo la muerte tras sus pasos ¡Sí! Era ella quien le había causado tanto daño, arrebatándole a sus padres sin derecho. Pero calló y mordió su rabia para no herir más a su madre, envejecida en muchas canas de improviso. Raquel trataba que su hijo fuera bueno con Paulina, pero bien se daba cuenta que ya no era como antes. Y cuando más ella quería, él se resistía a acompañarlas; al cementerio iba solo, y a la iglesia no entraría nunca más.

...

Al llegar esa mañana primaveral, la claridad del cielo contrastaba con las sombras que asolaban el corazón de Alejandro. Raquel había ido a su trabajo cotidiano; y él decidió no ir al colegio, como ocurría con frecuencia desde la muerte de su padre. Se quedó en su asiento por largo rato, después de tomar desayuno a medias, sin fuerzas para realizar nada provechoso. Fue entonces cuando Paulina se le acercó y puso la mano sobre su espalda, esbozando una caricia de piedad. El apenas alcanzó a girar para mirarla, y extendiendo su brazo la empujó con gran fuerza hacia un costado, mientras su rencor se revelaba en una ofensa:

— ¡Aléjate de mí, sorda maldita!

Ella cayó a dos metros, y rompió en un llanto sin consuelo. Muy asustado, Alejandro se puso de pie y se quedó esperando que algo sucediera, con las manos sudorosas y la respiración entrecortada. Por un momento, quiso ayudar a Paulina a levantarse, pero sus brazos vacilaron sin saber cómo tomarla. Retrocedió entonces, profundamente avergonzado; mientras ella, tras limpiar su rostro triste con las manos, le observaba con sus grandes ojos fijos. El hubiese preferido escuchar mil improperios en lugar de esos sollozos, que se clavaban como agujas en su pecho.

Entonces subió a su habitación casi arrastrándose y, por primera vez en largo tiempo, pudo llorar sin restricciones. Permaneció tendido en su cama por minutos, horas o días de amargura. Al levantarse nuevamente y mirar por la ventana a su derecha, pudo ver como Paulina se alejaba en dirección hacia la cruz que allá en el fondo se asomaba; más brillante que otras veces ... ¡O era el sol que reflejaba su semblante, o la luz que desde el cielo le llamaba! Bajó entonces a zancadas, para verla desde abajo; pero al extender la vista tropezó con una piedra que, en el borde del camino, ocultaba los destellos de sus ojos.

¡Qué simple hubiera sido avanzar sólo unos pasos para entregarse al beneficio del perdón! Sin embargo, la penumbra de su alma le agobiaba, y entre acerbas vibraciones, Satanás sopló en su oído. *No había esperanza para él: un ser cobarde, rencoroso, abusador.* Resuelto ya a poner fin a su calvario, regresó para apropiarse de un cuchillo. Al volver a la intemperie, con brusquedad giró a la izquierda, en dirección al cementerio. Por su espalda, la calidez de un rayo resbalaba, pero en su pecho el hielo del dolor prevalecía. Ni por un momento miró hacia atrás; debía ser valiente como nunca, de una vez, para no causar más penas a personas inocentes, cada día.

Caminó, con lentitud, hacia la tumba de su padre, para morir acompañado. Al pasar frente al sepulcro de la madre de Paulina, observó las flores que rodeaban el lugar, y pensó que era injusto que la gente se acordara tanto más de ella, que de aquel que él tanto amara. Sin embargo, algo le hizo detenerse: una sensación de paz y de consuelo; e inclinándose se puso de rodillas. Luego hizo el primer corte en su muñeca y contempló como la sangre acudía a su llamado. Lentamente, fue escurriéndose la vida, salpicando algunos pétalos yacientes que cambiaron su color. Al alzar su rostro, luego, pudo ver ante sus ojos la escritura que le hablaba:

*Yo soy la resurrección y la vida.  
El que en mí cree, aunque esté muerto, vivirá.  
Jesús.*

— ¡Qué frase más absurda, esculpida en una tumba! — murmuró.

¿Acaso había servido la fe de Raquel para evitar la muerte de su padre? ¿No se podría, bajo esa misma losa, el cuerpo de la madre de Paulina, que antes ella había abrazado tantas veces? ¿No volvía sola hacia la iglesia, cada vez que visitaba el cementerio?

Al pensar en esto, se levantó y un temblor le estremeció. La verdad era que Paulina ya no estaba sola. Era él quien, ahora tambaleante, caminaba hacia el sepulcro de su padre, sin alguna compañía. A cada paso que daba se sentía más desamparado, como si encabezara el frustrado desfile de su propio funeral; porque junto a él nadie lamentaba su partida, nadie expresaba su cariño y su dolor. Sólo fue

su propia voz la que se entregó al delirio flagelante:

— ¡Ay Paulina! ... ¡Si mi cruz, como la tuya, estuviese hecha de flores ... qué sencillo sería caminar rumbo a la iglesia, junto a ti! ¡Pero la mía es de piedra ... y me aplasta, poco a poco, mientras avanzo hacia mi tumba, perseguido por la muerte!

Imaginó a la niña llorando por tercera vez en poco tiempo, golpeada por la crueldad del abandono, y se turbó su espíritu en gran manera. ¿Realmente ella merecía sufrir tanto? ¿Y si sufría, no era acaso porque lo amaba? ¿No deseaba él, como nunca en ese instante, que le amasen de esa forma? Pero la muerte estaba ya demasiado cerca. Sentía sobre la nuca su aliento fétido y helado, mientras le alcanzaba, pisoteando sin piedad cada gota de la sangre que caía en el sendero.

Cuando ya casi llegaba a su destino, pudo percibir el brillo de la cruz que le esperaba. Con cierto esfuerzo, se acercó más y pudo ver por qué brillaba: era la placa grabada de Paulina, que Raquel le regalara al adoptarla como su hija. Con manos temblorosas, la descolgó y la observó durante un tiempo, mientras sus lágrimas caían.

Luego, enfurecido, la apretó en su mano, y girando con violencia, en un arresto de energía remanente, gritó al viento:

— ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡No debe quedar esto aquí olvidado! Soy yo el que ha de sufrir y no Paulina. Soy yo el que ha sucumbido en su pecado. ¡Maldita maldición, me has engañado! ¡No tenías derecho a causar tanto dolor! He caído en tu trampa, pero quiera Dios ...

Quiso dar un paso hacia adelante, pero trastabilló y cayó hacia atrás, perdiendo la noción de qué pasaba, al golpear la cruz con su cabeza. Cuando abrió los ojos, vio el cielo enrojecido, y luces que vagaban por ahí. La intensidad del frío le aturdía, y la cruz parecía surgir desde su frente. Respirando apenas, aún pudo musitar algo parecido a una oración:

— ¡Dios de mi madre! ¡Cristo de Paulina! ... Me muero ... me muero ... o quizá ya estoy muerto ... Si es esto la muerte, prefiero vivir; y si es esto la vida, prefiero morir. Pero ellas no deben sufrir. Si tú pudieras ... si tú quisieras ... que yo las viera por última vez, para decirles ... que volveré. Si me dejaras ... por un segundo ... ver a papá. Si todos juntos ... juntos ... .. juntos ...

Alejandro, moribundo, no dijo nada más. Lo último que vio fue el rostro de un ángel que lo observaba desde arriba.

...

— ¡Nada más que hacer! — suspiró el doctor Ramírez, tras examinar el cuerpo de Alejandro, que yacía inerte sobre una de las camas del hospital, atrapado entre las vendas y una decena de aparatos inventados para conservar la vida, pero no

para reintegrarla. No era la primera vez que le tocaba comunicar tan trágica noticia, pero la fe de aquellas mujeres le había conmovido profundamente. Afuera esperaban ahora, con un ramo de flores que traían para el joven enfermo.

Ingresó al baño para beber un sorbo de agua, y luego se dirigió, pesadamente, hacia el exterior de la unidad. En su camino reflexionaba en lo pequeña que podía ser la diferencia entre la vida y la muerte, al punto que ni siquiera él estaba tan seguro de dónde terminaba una y comenzaba la otra. Con gran ternura, tomó las manos de las damas, que nerviosas aguardaban sus palabras; pero antes que surgieran de sus labios, se oyó el grito de la enfermera que corría hacia ellos:

— ¡Doctor! ¡El paciente ha reaccionado!

Tras salir de su impresión, el galeno corrió hacia adentro; y tras de él, corrieron Raquel y Paulina, con sus ojos brillantes por la ansiedad contenida. Efectivamente, Alejandro tenía sus ojos abiertos, y levantó levemente su cabeza para observar mejor a quienes entraban. Luego preguntó:

— ¿En qué lugar me encuentro?

Raquel se aferró a su mano derecha, cubriéndola de besos y lágrimas, sin poder contestar. Fue el médico quien respondió su pregunta.

— Entonces estoy vivo — dijo Alejandro, con una calma sorprendente. Quería expresar muchas cosas, pero sus pensamientos se estorbaban entre sí. Por lo pronto, se dirigió a su madre entre sollozos:

— ¡Perdóname mamá, por haberte causado tantas penas! No sabía bien lo que hacía, pero al fin he comprendido mi error.

Luego miró a Paulina, que se había quedado a un metro del lecho, con su mirada expectante, y una sonrisa maravillosa, que él jamás podría olvidar. Raquel le explicó que había sido ella quien lo encontró tendido en el cementerio; y con una flor empapada de sangre en la mano, había acudido por ayuda a la iglesia.

— Acércate, ángel bendito — le dijo, tratando de erguirse un poco más. Y como ella permaneciese en su lugar, quizá temerosa por el recuerdo de sus anteriores desencuentros, Alejandro pidió a Raquel que le pasara una flor. La tomó en su mano izquierda y la ofreció a Paulina, como pudo, con su vista empañada por el llanto que solicitaba el perdón y ofrecía la gratitud.

Entonces la niña, que no podía oír las voces de los hombres, entendió el mensaje una vez más, y alargó sus manos hasta tocar las de Alejandro, de la misma manera que alguna vez lo hiciera Raquel frente a ella. Afuera, la muerte se perdía en la distancia, abrumada por el peso de su derrota.

...

Tres semanas más tarde, nuevamente Paulina avanzaba por el camino hacia la iglesia. Pero esta vez sus manos estaban unidas a otras manos. A su derecha Raquel,

y a su izquierda Alejandro, embriagados con el licor de los que se aman demasiado, exhibían felices al mundo su triunfo. Tras ellos, casi todos los habitantes del pueblo, avanzábamos gozosos.

Poco antes de llegar a la loma del horizonte, Alejandro señaló con la autoridad que le concedía el protagonismo de esta escena:

— ¡Quiten esa piedra de allí!

Entre varios la cogimos, ya que pesaba bastante, dando gritos de alegría. Los gusanos que moraban bajo ella, al sentirse heridos por la luz del día, se revolcaron nerviosos ante nuestros ojos. Alejandro entonces se dirigió a todos nosotros en voz alta:

— Amigos míos, ustedes son testigos de lo que aquí ha ocurrido. Como estos gusanos, yo me había convertido en un animal ciego, que vivía sumido en las sombras de la amargura y se arrastraba en el fango del resentimiento; mientras una inmensa roca me impedía sentir el cariño de quienes más me amaban. Pero hoy esa piedra ha sido quitada y puedo ver la luz que alumbra mi sendero.

Luego hizo una señal para que le dejáramos seguir solo, en su camino hacia la cruz que ya levantaba su vuelo. Al fin acudía al encuentro con su Padre que, como todas las mañanas, había salido a esperarlo con los brazos abiertos. Entonces los ángeles entonaron canciones de júbilo; y hasta Paulina pudo escucharlos, porque su aliento era fragante y sus vestiduras blancas, como pétalos vibraban en los jardines del cielo.